

Joaquín M. Barrero

.....

LA VIRGEN DOBLE

En el año 722 se produjo la batalla de Covadonga. A partir de ese momento el lugar se constituye en el corazón físico del cristianismo en Asturias. La cueva donde está la Santina, en Cangas de Onís, es desde entonces lugar de peregrinación mariana. Pero la Virgen (sabemos que sólo hay una, aunque con numerosos nombres) debió pensar que había creado un agravio comparativo con la parte occidental de Asturias y que la cuestión de foco único de atracción desequilibraba todo el Principado.

Se dio a pensar. Era preciso subsanar el desequilibrio y hacer algo en el otro extremo. Por lógica eligió el otro Cangas, el de Narcea. Si había intervenido tan decididamente en la batalla de Covadonga en contra de las huestes del Califato de Damasco, que supuso el primer ladrillo en el edificio de La Reconquista, debía hacer algo de tan brillante factura en Cangas del Narcea. Milagros, naturalmente, pero más de uno para equilibrar el realizado en la Cueva. La verdad es que se tomó el asunto sin prisas. Exactamente 853 años. Porque fue en 1575 cuando hizo el primer milagro bajo el nombre de Virgen del Acebo. Los prodigios se encadenaron en poco tiempo. Sanaron de enfermedades, males y quebrantos innumerables desdichados; tantos, que en poco tiempo la fama corrió y hombres agradecidos determinaron construir el actual Santuario donde se la venera

Este lugar santo es visitado constantemente por gentes no sólo de Asturias, sino del ancho mundo. Igual que el de Covadonga o, al menos, no en menor proporción. Y para que se aprecie el designio sobre este lugar, cabe señalar que el día 8 de setiembre es fiesta en ambos lugares, la misma Virgen llamando a los fieles en las dos Cangas: en Covadonga y en el Acebo. El equilibrio perfecto.

He vuelto al santuario, instalado a 1.173 metros de altitud en la Sierra del Acebo y he mirado la figura que en el altar representa a Nuestra Señora. No se sabe quién fue el artista ni cuándo la hizo. Viste una

Joaquín M. Barrero

.....

túnica blanca y en la parte izquierda de su pecho está el Niño, como flotando. No hay brazo sujetándolo. Es un añadido posterior, como las ropas. Hay un espacio entre el retablo y el muro del altar, con escaleras, que pasa de un lado a otro. Algunos curiosos cruzan por él, quizá pensando que pueden encontrar un tesoro o un milagro escondido tras la espalda de la Virgen.

Luego, desde el montecillo donde hay una cruz, he mirado el paisaje, el macizo occidental de la Cornisa Cantábrica. Estremece su magnitud, diríase su infinitud. El tiempo desaparece como factor determinante. La mirada no se sacia. Apetece abstraerse de todo y dejarse cautivar por la intemporalidad. Montes y valles se prolongan hasta más allá de todo lo mirable y emplazan al visitante a reconocer que sólo es un minúsculo y efímero portador de quiméricas naderías.

Joaquin M. Barrero